

## Medicina “convencional” versus medicina “natural”

### ¿Un debate real?

En las múltiples discusiones que en distintos foros se pueden encontrar sobre lo que es medicina “convencional” y lo que es medicina “natural”, y las distintas prácticas terapéuticas, asombra las afirmaciones que, en ocasiones, pueden leerse. En especial esa dicotomía entre lo que se denomina *natural* y el apelativo de *química* que reciben los medicamentos convencionales producidos por las farmacéuticas, resulta totalmente contradictoria.

Entiendo que no es discutible que el origen de la farmacopea moderna está en el desarrollo e industrialización de los antiguos remedios que, como forma de conocimiento adquirido a lo largo del tiempo, fue pasando de generación en generación, y que incluía el uso de productos de lo más variado, tanto de origen vegetal, como animal o mineral.

No cabe duda que muchos de esos elementos incluían principios activos beneficiosos para la resolución de la enfermedad, junto con otros claramente inocuos e incluso perjudiciales. El gran mérito de la farmacopea moderna ha sido su capacidad de aislar estos principios activos y concentrarlos, produciendo así medicamentos mucho más potentes. El desarrollo posterior de la metodología ha permitido multiplicar el número de medicamentos en un orden muy alto.

Por supuesto nadie niega que el remedio antiguo siga teniendo la misma efectividad que poseía, por lo que es factible su utilización en los casos en que, por el grado y/o intensidad de la dolencia, pueda ser un remedio útil.

Pero tampoco debemos olvidar que en el conjunto de esa medicina tradicional se han utilizado productos que hoy reconocemos como altamente tóxicos. Un ejemplo de ello es el mercurio, que a lo largo de la historia ha formado parte de muchas recetas magistrales encaminadas a la cura de enfermedades, como la sífilis. Así pues el uso de la medicina llamada tradicional o natural no está exento de riesgos. Abundando en ello, plantas como la belladona o el acónito, que han sido usadas en la llamada medicina tradicional, también han tenido su lado oscuro como venenos utilizados para eliminar personas molestas.

Por otra parte la acusación de medicina química atribuida a la farmacopea actual resulta engañosa y falsa, ya que en realidad toda la farmacopea, sea la actual o la antigua, incluida la procedente de la milenaria China, se basa en principios activos químicos. En todo caso variará, fundamentalmente, la concentración de los mismos, y sobretodo su presentación. Que la mayor parte de los actuales medicamentos los tomemos en forma de píldoras o capsulas, y antiguamente lo más frecuente fueran infusiones, no es óbice para que lo que ingerimos sea un producto químico en todos los casos (No olvidemos que nuestra comida es también un conjunto de productos químicos –grasas, proteínas, hidratos de carbono, minerales-).

Además, el desarrollo de nuevos productos en el área farmacéutica sigue utilizando, en muchos casos, la enorme reserva natural de productos. Me refiero a que muchas de las actuales investigaciones en farmacia se basan en el estudio de plantas y animales, la mayoría apenas conocidos, procedentes de los más recónditos lugares. Es precisamente por esta causa que se alzan las voces de muchos investigadores alertándonos de los peligros de la desaparición de la biodiversidad, consecuencia de nuestro desarrollo económico-industrial basado en la permanente búsqueda de la rentabilidad por encima de todo. Dicha desaparición podría incluir especies que fueran fundamentales para encontrar curas a muchas de nuestras enfermedades.

La discusión a la que me refiero, medicina convencional-medicina natural, suele derivar hacia otra discusión paralela, pero totalmente independiente: las maldades de las empresas farmacéuticas. Maldades que existen, pero nada tienen que ver con los productos que fabrican, sino con el modelo económico-productivo que soportamos y que los defensores del mismo consideran, erróneamente, como único viable. El que el objetivo real de las empresas farmacéuticas sea, como el de cualquier empresa, obtener los máximos beneficios para sus accionistas, es el condicionante principal que provoca los múltiples desaguizados que padecemos. Si la producción de medicamentos estuviera asignada a empresas públicas, sin ánimo de lucro, y cuyo objetivo fuera buscar y producir los medios necesarios para atender la salud de la ciudadanía, otro gallo nos cantarían. Pero esta es otra discusión.

Que se hayan producido y comercializado productos que han tenido graves consecuencias, nadie lo niega. Pero ello tiene más que ver con el ansia de obtener una rápida rentabilidad de la inversión realizada

que con alambicadas teorías de conspiración (Y con ello volvemos al párrafo anterior). Lo cierto es que el avance en farmacopea es espectacular, remitiéndonos al último siglo, salvando el desinterés manifiesto por la investigación por encontrar nuevos antibióticos y algunas enfermedades raras de escasa incidencia, por motivos netamente crematísticos (nuevamente volvemos al párrafo anterior).

¿Y las técnicas de curación no medicamentosas? Muchas son las que año tras año se nos presentan como panaceas para múltiples enfermedades y como alternativas a la llamada medicina convencional. No es el objetivo de este artículo hacer una relación detallada de las mismas, por lo que insto al lector o lectora a incluir mentalmente aquella o aquellas que más rabia le den. Pero lo cierto que la inmensa mayoría, por no decir todas, requieren un acto de fe para creer en sus alabados resultados. Carecen de cualquier base lógica y no han sido sometidas a ensayos clínicos concluyentes. Se sustentan en teorías no contrastadas y en principios de más que dudosa validez, cuando algunos tienen.

La defensa a ultranza de la efectividad de tales métodos pasa por el consabido "*Pues a mí me funciona*" y sus variantes (a un amigo, a un familiar, etc.). Lo que parece mucha gente no comprender es que los casos aislados (incluso cuando son muchos) no son significativos. Todos somos conscientes que la sugestión, el efecto placebo, es muy poderoso, y por tanto es necesario descartarlo para poder asegurar que el remedio utilizado es realmente efectivo.

Uno de los planteamientos que se arguyen es: Y si el efecto placebo realiza la función curativa ¿Por qué no utilizarlo? Después de todo lo importante es la curación. Efectivamente lo importante es la curación, al menos a nivel personal. Pero el problema reside en que el efecto placebo no es controlable. Supongamos que por efecto placebo derivado de una determinada práctica conseguimos una mejora o curación en un 30% de los casos. Ello nos indica que de cada cien enfermos treinta obtendrán mejora, pero no podemos saber en cada caso en concreto si será uno de los afortunados o no. Si optamos por confiar en las bondades de tal efecto, estaremos condenando a un 70% de los enfermos a perder un tiempo, que puede ser importante, en el tratamiento real de la enfermedad. Es como jugar a la lotería con los enfermos.

Lo cierto es que la percepción general de las supuestas bondades de estos tratamientos es, en la inmensa mayoría, acrítica. La actual

situación, donde la información nos llega de forma excesivamente reiterada, provoca un efecto de confirmación irreal. En un artículo anterior sobre el tema de estadísticas me refería a un efecto semejante en el que la sensación de generalidad es sobredimensionada por la información redundante. Las muertes por violencia doméstica son una lacra social, de eso no hay duda. Pero la incidencia, comparada con otras causas es muchísimo menor pese a dar la sensación contraria. Así la probabilidad de tal hecho en nuestra sociedad (España) es de 1 entre 328.851. Si la comparamos con la probabilidad de morir por suicidio, resulta mucho menor, ya que en este último caso se da un caso cada 55.847 mujeres. Morir de cáncer es aún mucho más frecuente, 1 entre 8.336. No obstante el espacio ocupado por las muertes por violencia doméstica es infinitamente mayor que las de las dos otras causas.

Al margen de la dudosa veracidad de las afirmaciones de las bondades de los remedios alternativos que podemos encontrar en los medios de comunicación, y especialmente en Internet, al no existir estudios rigurosos sobre su eficacia, es imposible discernir si las afirmaciones de éxito son acumulación de casos reales o repeticiones de un mismo caso. De hecho podríamos hallarnos ante unos resultados reales inferiores incluso a los esperados por el efecto placebo, pero hinchados por la reiterada información. Algo parecido a los habituales hoax solicitando ayuda para localizar un menor perdido o donantes de sangre, que periódicamente circulan por la Red. En muchos casos es el mismo hoax que se repite cada cierto tiempo, pero que cada vez aparece como un nuevo caso distinto.

Si es malo abusar de la credulidad del personal, el acto se convierte en delictivo cuando detrás de tales falacias se esconde una intención de estafa, porque solo de estafa se puede calificar el obtener beneficios a costa de la angustia y el dolor de las personas. Si el que escribe piensa que la atención sanitaria, desde la atención primaria hasta la producción farmacéutica y la fabricación de prótesis, debería estar en manos públicas y gestionada por entidades sin ánimo de lucro, con mucho más motivo siento repugnancia por quienes obtienen beneficio de acciones claramente fraudulentas.

Lo que está claro es que medicina solo hay una, y de ella forman parte todas las prácticas y métodos de demostrada eficacia. Todo lo demás es pura charlatanería.